



CONFERENCIA EPISCOPAL
PARAGUAYA

SÍNTESIS DE LA FASE DIOCESANA DEL SÍNODO “POR UNA IGLESIA SINODAL” EN PARAGUAY



Por una Iglesia sinodal
comunión | participación | misión



ÍNDICE

1. Introducción	1
2. Voces.....	2
3. MISIÓN	3
4. EL CLERICALISMO	7
5. SACRAMENTOS Y CELEBRACIÓN	9
6. EN BUSCA DE LA “FORMACIÓN ADECUADA”....	12
7. RELECTURAS Y DISCERNIMIENTO	13
8. Conclusión: el compromiso de continuar	16



1. Introducción

Con toda la Iglesia en el mundo, Paraguay en sus 18 diócesis y vicarías participó en esta fase diocesana del Sínodo 2021-2023: “Por una Iglesia sinodal – Comunión, Participación, Misión”. Fue un tiempo intenso de reuniones, trabajos, conversaciones y procesos en las parroquias, en las Comunidades de Base, a nivel diocesano, con el acompañamiento de un equipo nacional de animación.

Las diócesis entregaron sus síntesis a mediados de junio de 2022 y, posteriormente, el 25 de junio se celebró un gran Encuentro Sinodal Nacional en Asunción, con delegaciones de todo el país. Allí compartimos y celebramos lo que vivimos durante esta fase sinodal, además de comenzar/continuar el discernimiento a partir de los testimonios y reflexiones recogidos.

Los días 30 de junio y 1 de junio el equipo nacional se reunió para empezar la redacción de la síntesis nacional.

Los obispos reunidos en asamblea los días 4-5-6 de julio, en ambiente de oración, hicieron un proceso similar: leer las síntesis diocesanas, buscar consensos, reconocer disonancias y discernir los llamados de Dios a partir de estos testimonios.

El documento que presentamos intenta recoger todos estos momentos y la inmensa riqueza de estos procesos. Por supuesto, no logramos decir todo y fallamos en reflejar plenamente la gracia suscitada de este Sínodo incipiente en nuestras Iglesias.



2. Voces

2.1. Realidad

¿Quiénes participaron en esta fase diocesana del proceso sinodal?
¿Cuáles son las voces que se han hecho oír en nuestro caminar de los últimos meses?

En la gran mayoría de los casos fueron agentes de pastoral, laicos servidoras y servidores de las diócesis, parroquias y comunidades, miembros del clero y de la vida consagrada. Estas personas llegaron con su experiencia de celebraciones, de consejos pastorales, económicos, presbiteral,... También de asambleas diocesanas, retiros, formaciones bíblicas, comisiones de fiesta patronal, grupos de catequesis... En fin, de muchas prácticas de encuentros y participación.

No hemos llegado a todos y todas y, sobre todo, no mucho a la gente “común” que “participa”. Para muchos la palabra “sínodo” sigue siendo un misterio.

Esta fase del proceso sinodal trajo momentos de gracia donde los servidores y servidoras pudieron celebrar sus compromisos y reconocerse entre sí. Pudieron ver “algo bueno” que viven y hacen y alegrarse por ello. Pero se reconoció también que nuestra convocatoria fue muy limitada y que alcanzó sólo a un pequeño grupo que sostiene todo, que trabaja demás, que se está desgastando para cumplir con una tarea que recae siempre sobre los mismos y en la que pone todo su corazón.

Hay expresiones de alegría en el servicio, pero también gritos de alerta y críticas duras en contra de la Iglesia misma, sobre todo dirigidas a la jerarquía.

Saludamos el aporte del Seminario Mayor Nacional: todos los cursos contribuyeron a una reflexión y unas conclusiones con una visión profunda y crítica sobre la realidad eclesial.



Esos “fieles servidores” se acordaron también de muchos que no pudieron participar: niños, niñas, muchos jóvenes, grupos sociales, políticos y muchos “alejados”, gente que dejó de practicar por diferentes motivos: situación social, matrimonial, experiencia de no haber sido acogido y escuchado, desinterés, discriminación, indigencia, diferencia cultural, etc.

Algunos aportes no se recogieron en la síntesis por ser filtrados o simplemente dejados. Un motivo fue querer presentar una respuesta linda, coherente intentado disminuir las discordancias y opiniones diversas que, sin embargo, se escucharon en algunos grupos de compartir. Tocamos nuestra dificultad de describir, de acoger la realidad tal cual es y de contarla con sus riquezas y sus disonancias. Este ejercicio ha sido difícil y revelador.

2.2. Llamadas

El Papa Francisco al convocar esta fase diocesana del Sínodo pidió expresamente que participen todos, “que nadie quede fuera”. Sentimos este llamado. En muchas diócesis se expresó el deseo de alcanzar a más gente y, sobre todo, de abrir el diálogo a la sociedad, a las confesiones y religiones diversas. Nos faltó poner medios concretos para realizar este propósito.

Sentimos también el llamado de preguntar: ¿Por qué los alejados? Hay muchas historias que nos toca escuchar, sin juzgar, simplemente para acercarnos y comprender.

3. MISIÓN

3.1. Realidad

En general se percibió que hay conciencia de que nuestra condición de bautizados nos llama a ser evangelizadores, a testimoniar la fe y a



anunciar el Evangelio; que hay un llamado al protagonismo en las diversas labores, sobre todo en la catequesis, en las coordinaciones, en los servicios litúrgicos, misiones, etc. Algunas diócesis enfatizaron el llamado a la salida de los límites del templo, de lo que conocemos.

Se recogieron también expresiones a modo de enunciados sobre lo que debemos ser y hacer como Iglesia en cuanto misión: “Tenemos que... salir del confort, salir a testimoniar, salir a proclamar el anuncio, salir a evangelizar...”. Pero no se recogió del todo lo que fue la experiencia vital de los participantes en esta dimensión fundamental.

Hay distintos tipos de dificultades que fueron nombradas en la misión: personales, comunitarias, estructurales. Se señaló que hay descuido, que son pocos los que se comprometen y tienen protagonismo; que hay pereza, desinterés, pobreza extrema, falta de visitas motivadoras, exceso de trabajo. En varios lugares se señaló la falta de testimonio en sacerdotes y agentes pastorales; también otro tipo de problemas como las divisiones y peleas históricas entre vecinos, la priorización de lo material, poco o ningún acercamiento con las iglesias evangélicas.

Muchos expresaron que los responsables de la misión de evangelizar son solo los consagrados.

Se nombraron dificultades propias de algunas comunidades: que son cerradas, que hay divisiones, la política, poca conciencia de su valor, etc.

Otro tipo de dificultades expresadas tiene que ver con el relacionamiento de los sacerdotes y otros responsables pastorales con los jóvenes, que no les ayuda e, incluso, les aleja. A los jóvenes se les involucra con cosas concretas como limpiar, dar catequesis, organizar algunas celebraciones, etc., pero sin darles verdadera participación y protagonismo. Tampoco ayuda a los jóvenes la rigidez, el tradicionalismo y el acaparamiento de cargos por parte de algunos.

Algunos de los destinatarios más descuidados son los pobres, los drogadictos, los campesinos, los indígenas, los divorciados vueltos a casar o los que viven en concubinato. Otros dicen que son los niños, los



jóvenes y los ancianos. En el caso de los jóvenes algunos aportes se hicieron eco de algunas problemáticas específicas, en parte como consecuencia de la pandemia: el aumento de las depresiones, la droga, los suicidios, etc.

En relación a la misión con los excluidos se constataron muchos déficits y descuidos. Una zona específica de gran exclusión y discriminación social, económica, política y religiosa, donde viven una gran cantidad de personas pobres, son los bañados que forman parte de Asunción.

Algunos reconocieron que se da cierto acompañamiento, asistencia y ayuda, pero también que no es constante y que falta cercanía, solidaridad, hacerse cargo, compromiso, apertura y acogida.

En la catequesis se evidenciaron las deficiencias de formación, acompañamiento, innovación, adaptación, medios, etc. En el caso concreto de la Confirmación, se señaló la dejadez y la falta de perseverancia de los jóvenes, una vez recibido el sacramento.

Se nombró que frecuentemente se da falta de comunicación, interacción y de diálogo para poder asumir la misión de modo coherente; también la falta de reflexión, de discernimiento y de participación.

Se reconoció que el compromiso social y político y la búsqueda de la justicia social por parte de los católicos no es común y no suele ser muy apoyado por las comunidades. Es mucho más patente la ayuda y la solidaridad individual o grupal. En este terreno, casi no existe el discernimiento. Las decisiones están centralizadas: del sacerdote en su parroquia y del obispo en la diócesis.

3.2. Llamadas

Se sintió la necesidad de ahondar en la experiencia de Jesús, de acogerlo como nuestro Salvador; de tener un centro aglutinador de todos



los esfuerzos parroquiales; de favorecer la escucha, la mayor participación de parte de todos, de animar el sentido de pertenencia y el compromiso en la misión. Necesidad de formación para el compromiso y para la misión.

Se nombró la importancia de crecer en una visión global de los desafíos que tenemos, del compromiso que implica la evangelización.

Se mencionó el desafío de la familia: que se convierta en lugar de la catequesis, con un mejor conocimiento de sus necesidades, con materiales más adaptados que ayuden más eficazmente a ésta. Se reconoció que hay algunos movimientos que trabajan esta dimensión y se señala la necesidad y la importancia de más apoyo por parte de los sacerdotes fue una constante.

Otros desafíos de la misión nombrados fueron las visitas casa por casa para el anuncio, la formación en DSI y el acompañamiento de los sacerdotes a los que tienen cargos políticos para ayudarlos en su formación y que puedan tomar decisiones desde la fe. Se mencionó el desafío de una mayor presencia evangelizadora en los ámbitos sociales, económicos y políticos.

La escucha y el saber acoger con respeto es otro desafío apostólico; aprender a acompañar al otro desde esa experiencia de la escucha. También el acoger el discernimiento teniendo en cuenta a todos y a la autoridad como parte del mismo. Para ello se nombró la necesidad de fomentar los talleres de discernimiento y de liderazgo, que esto ayudará para un mayor involucramiento de los grupos y para la participación en la toma de decisiones consensuadas y discernidas en los diferentes espacios eclesiales.

Otro desafío fue la creación de ambientes de armonía y de fraternidad en los diferentes espacios eclesiales. Esto ayudará a la acogida de los que están o se sienten excluidos por distintas razones: de pobreza, de orden moral, de proveniencia social, de cultura, etc.



Se mencionó el desafío del discernimiento personal y apostólico como modo de vivir eclesial en clave sinodal. Para ello se hizo hincapié en la importancia de la escucha y la receptividad al Espíritu. Esta es una gracia que requiere también nuestra participación.

Para algunos el proceso sinodal es, en sí, un verdadero desafío eclesial a ser vivido por todos, por las comunidades. La sinodalidad es estilo de vida y como método de evangelización.

4. EL CLERICALISMO

4.1. Realidad

El clericalismo como realidad presente en la Iglesia se describió en forma directa en muy pocas circunstancias en las síntesis de cada diócesis. Sin embargo, en los comentarios se se relataron muchas situaciones que indican que esta realidad está fuertemente presente, tanto en la jerarquía como entre los laicos.

A los jóvenes se les da trabajo, pero no se los escucha más allá del rol que cumplen. Hay actitudes que inhiben la escucha, como la soberbia, el orgullo, la falta de formación, el autoritarismo, etc. Con relación a las mujeres, se las escucha más por su servicio en la catequesis o, en movimientos que por sí mismas.

En cuanto a dar opiniones, el tomar la palabra puede verse quebrantado por la falta de apertura del cura párroco; está muy presente la incapacidad de muchos jóvenes y niños, especialmente de algunas zonas rurales de poder tomar la palabra, de sentirse libres de dar sus opiniones por temor a equivocarse ante la autoridad.

En la toma de decisiones, los métodos y procedimientos están dados a través de reuniones entre laicos que elaboran propuestas de trabajo y servicio pastoral para presentarlas al párroco. Al final él decide si se ejecuta o no. Generalmente se escucha a la jerarquía. Se da también un



tipo de clericalismo de parte de los mismos laicos, cuando son absolutamente dependientes de lo que dice y piensa y dejan toda la responsabilidad y las decisiones sobre el sacerdote; o cuando teniendo liderazgo en la comunidad actúan sin tener en cuenta otras voces, desarrollando más el poder que el servicio.

Algunos aportes señalaron que no hay consulta debido a que la toma de decisiones la hace ‘la autoridad’ (párroco o laicos responsables de la comunidad), que es indiferente a la voz del pueblo y que no llevarla a cabo implica desobediencia o malestar entre el responsable y los miembros de la comunidad parroquial.

Frecuentemente, al darse los cambios de parroquias de los sacerdotes también cambia la pastoral y los nuevos no dan continuidad a lo que se viene realizando. Esto trae como consecuencia la ruptura del proceso.

Otros dicen que cuando se le presenta al párroco un problema, sin explicación alguna, y dependiendo del tipo de consulta, la decisión puede ser puesta en práctica en un corto, mediano, largo plazo o nunca. .

La costumbre del clericalismo y del formalismo dificultan la mayor participación comprometida y la planificación para salir a la misión. En la mayoría de los casos las decisiones son impuestas y/o designadas por los cura párrocos o consejos pastorales.

Sin embargo, otros afirmaron que estamos bien definidos y guiados en nuestras funciones por nuestros sacerdotes; que cuando el párroco no acompaña a la comunidad, se observa poca participación.

En general se constató que la autoridad se ejerce por jerarquía; los servicios comunitarios suelen funcionar como cargos ejercidos con autoridad propia, sin mucho diálogo, sin mucho compartir en el discernimiento, sino como una obediencia al mandato que viene de “arriba” (la parroquia, el sacerdote). Por otro lado, la actitud autoritaria de algunos sacerdotes y agentes pastorales ocasiona indiferencia, apatía y alejamiento de los fieles.



Leímos y escuchamos también testimonios con una mirada compasiva hacia los sacerdotes y los agentes de pastoral. Se aprecia el sacrificio. Se agradece la entrega. Se quiere ayudar a vencer los problemas, sobre todo la soledad. Hay comunidades que asumen este compromiso de acompañar a sus ministros y servidores.

4.2. Llamadas

A revisar la forma de ejercer la autoridad (como un servicio y no como un poder) en todos los ámbitos de la estructura eclesial. A trabajar el acercamiento y la mayor confianza entre el clero y los laicos, con apertura al diálogo, a un mayor compromiso de ir caminando juntos para fortalecer a la Iglesia. Hay un llamado a fortalecer la formación de líderes laicos comprometidos en sus comunidades.

5. SACRAMENTOS Y CELEBRACIÓN

5.1. Realidad

En casi todas las diócesis se habló del valor que los fieles dan a las celebraciones dominicales; no obstante, señalaron que la participación no representa a la mayoría de los fieles. El porcentaje de participantes es mínimo.

El ausentismo se debe a que muchas veces las celebraciones no tocan la realidad que se vive, no son celebraciones vivas y festivas, no ayudan a nutrir el espíritu. Las predicaciones no están en sintonía con la realidad, no son bien preparadas o no ayudan a reflexionar y a dar fortaleza espiritual. Dicho pronto: muchas celebraciones no son atractivas.

Se percibió en varias síntesis que los fieles esperan mucho de los sacerdotes o celebrantes, que se depende mucho de lo que el Espíritu suscita en ellos.

Faltan equipos de liturgia con buena preparación y entusiasmo, que



preparen las moniciones y los cantos, que los asistentes puedan contar con el cantoral, que los coros no estén solamente para lucirse sino que hagan cantar al pueblo.

Las miradas moralistas y punitivas de los fieles y pastores hacen que muchas personas no participen de las celebraciones y no se sientan parte de la comunidad.

Se señaló que la pandemia ha propiciado espacios familiares de oración, especialmente a las personas adultas quienes, de esa manera han encontrado un apoyo y fuente de esperanza ante el avance del Covid-19.

Se señaló que por la falta de sacerdotes hay pocas celebraciones en las zonas rurales alejadas de los centros. En estos lugares el sacerdote llega, en el mejor de los casos, una vez al mes. Sin embargo, en muchas de esas comunidades se celebra la vida y la fe y se da con una buena participación de la gente en las celebraciones litúrgicas, pero casi siempre son las mismas personas las que asisten. Se valora la misión de los “celebrantes”, adoradores y ministros de la comunión.

En varios lugares se expresó la falta de oportunidad para acceder al sacramento de la reconciliación dado que no siempre los sacerdotes están disponibles.

En la catequesis es donde resuena y resplandece el testimonio sencillo y donde se espera que surjan las vocaciones y los ministerios del lectorado y acolitado.

Se resaltó la importancia del ejemplo y del acompañamiento de los padres de familia para que los hijos gusten de las celebraciones, de la eucaristía, y tengan una participación activa en las demás actividades eclesiales y no solamente en las grandes fiestas.

Se habló de “sacramentalismo”. Las jornadas de preparación para los sacramentos no son bien acogidas; se desea recibir los sacramentos, sobre todo el Bautismo, la Confirmación y el Matrimonio sin exigencias. Este hecho crea mucho desgaste en los catequistas y párrocos.



Muchos manifestaron que existen trabas para acceder a los sacramentos; que esto desanima y genera alejamiento en muchas ocasiones. Falta mayor cercanía y acceso a los sacerdotes.

En las etapas de la Primera Comunión y Confirmación algunos niños y jóvenes expresaron que asisten a los cursillos forzados por los padres. Sin embargo, después de recibir el sacramento, desaparecen de la vida eclesial. Solo una minoría queda comprometida y trabajando de cerca con su parroquia.

Algunos reclamaron que la catequesis sea más sencilla para los niños porque, muchas veces, las palabras que se utilizan son muy técnicas y no se llega a comprender.

5.2. Llamadas

Que nuestras liturgias sean mejor preparadas, más vivas y participativas; que produzcan alegría. Que haya equipos de acogida que ayuden a los participantes a sentirse en casa y que faciliten una participación más activa.

Realizar homilías con reflexiones compartidas, donde no sólo hable el sacerdote sino también participen laicos, religiosas/os; que se use el idioma guaraní en las celebraciones. Además de las litúrgicas, se necesita ampliar las celebraciones, como espacios de compartir, celebrar y construir identidad comunitaria. Buscar que los niños y jóvenes sean protagonistas en una liturgia bien preparada y para todas las edades, con una buena catequesis.

Un llamado importante fue el de descartar actitudes de exclusión y salir al encuentro de los hermanos que están más alejados e invitarlos a formar parte de este caminar juntos. Buscar la manera de integrar a la comunidad y a la pastoral a las personas excluidas; buscar estrategias para motivar una mayor participación.

Se vio la necesidad de más formación litúrgica a los agentes



pastorales y a la feligresía en general. Dedicar más tiempo y esfuerzo para una mayor información y formación para la participación en los ministerios del lectorado y acolitado, Para todos se subrayó la importancia de la formación bíblica para valorar la Palabra de Dios y los sacramentos.

Mejorar la participación para vivir una comunidad viva y fraterna. Concienciar a la gente de la importancia de la preparación para cada sacramento. Vencer el sacramentalismo. Insistir más en la importancia de la confesión sacramental.

Propiciar espacios de encuentro personal con Cristo para el fortalecimiento de la fe y como pilar para el acompañamiento a otros hermanos. Propiciar espacios de crecimiento en la espiritualidad.

Realizar eucaristías en los barrios, incentivar la comunión espiritual, ser coherentes entre lo que decimos y hacemos.

Faltaría que personas significativas de la comunidad (catequistas, sacerdotes, religiosas, etc), visiten las familias, a fin de invitar a participar; hacer surgir servidores y posibilitar que los talentos se pongan a disposición de la comunidad que celebra.

6. EN BUSCA DE LA “FORMACIÓN ADECUADA”

En los documentos de las diócesis se percibe con fuerza la valoración de una formación permanente y pertinente que ayude a crear conciencia de la importancia de la comunidad, de la “Iglesia en salida” y de la participación de todos los bautizados en los procesos eclesiales.

Se pide formación en todos los ámbitos: teología, Escritura, espiritualidad, discernimiento, liturgia, catequesis, administración, vida comunitaria, Doctrina Social de la Iglesia, política, economía, cuidado de la Casa Común, liderazgo, autoconocimiento, salud, planificación,... Son llamadas legítimas pero, conversando y “rumiando” sobre esta realidad, vemos que se deben recibir con discernimiento.



Se invoca la formación como la solución a muchos de (sino todos) los problemas, pero la experiencia pastoral demuestra cuán difícil es atraer, comunicar y conseguir un compromiso perseverante. Más bien, este anhelo de formación debe ser leído como otra expresión de una sed de vida eclesial significativa, que unifique la existencia y que lleve a un compromiso integral. Hay que observar cuáles son los campos que realmente suscitan un interés duradero de formación y por qué.

El mismo proceso sinodal animado por el Documento Preparatorio ha dado pistas para una formación básica a la vida en comunidad eclesial, centrando la atención en capacidades fundamentales para la comunión, la participación y la misión. Algunas diócesis sienten que hay que profundizar esas pistas.

7. RELECTURAS Y DISCERNIMIENTO

Así como mencionamos en la introducción, hemos empezado a compartir y discernir a partir de esas síntesis en un encuentro nacional con 150 participantes de todo el país (25 de junio 2022):

Hablamos de nuestros aprendizajes en el proceso sinodal y apareció un primer conjunto de testimonios entusiastas: vivir la Iglesia en salida, la escucha, la cercanía, el salir al encuentro, el ser coparticipes de la aventura comunitaria y misionera de la Iglesia, del diálogo social; hacer una auténtica experiencia de acogida mutua, de participación, escucha y discernimiento; abrir espacios para que laicos, clero y vida consagrada dialoguen. Hubo una gran alegría de encontrarnos y descubrir el don que Dios nos hace en el servicio en la Iglesia. El compartir sinodal ha reforzado este don en nosotros. También hace parte de los aprendizajes ver las dificultades y los obstáculos en el camino de la comunión. Lo ya expresado en esta síntesis se pudo nombrar.

Nos sentimos llamados a: fortalecer el proceso de formación de los laicos en experiencias, en actitud, mentalidad sinodal; abrir y promover



espacios con y para los jóvenes; dejar de lado los prejuicios, vencer los miedos; facilitar el mayor involucramiento de los laicos; construir una comunidad con diferentes carismas, movimientos, grupos y fortalecer los ya existentes; cambiar las estructuras rígidas, anquilosadas o que impiden la participación corresponsable de los jóvenes; transformar las pastorales y crear otras nuevas (insertar una pastoral de la sinodalidad); fortalecer el sentido de comunidad; transformar la Iglesia a no ser clerical; más allá de la respuesta a situaciones de emergencias o de catástrofe, crear estructuras de solidaridad estables ante falta de justicia, despojos de tierra, los niños en la calle y los más vulnerables; evangelizar con testimonios, dejar de ser una Iglesia de eventos para pasar a ser una Iglesia de procesos; ser instrumento de paz; erradicar el clericalismo aún imperante;...

Por su parte, reunidos en asamblea los obispos de la Conferencia Episcopal (4-5-6 de julio), dedicaron tres días de oración, lectura de las síntesis diocesanas, meditación y discernimiento. Algunas reflexiones, fruto de este proceso son las siguientes:

Queda en primer lugar un gran espíritu de gratitud, como el de Pablo por sus colaboradores y amigos (Romanos 16). Haber podido compartir en grupos y asambleas sinodales ha permitido ver y sentir el don de cada persona, la gran diversidad y complementariedad de los carismas, la entrega y el compromiso de los “compañeros y compañeras de camino”. Se ha sentido palpitar la Iglesia y se ha sentido la importancia de la cercanía a estos procesos humildes y profundos que se dan en todo el Pueblo de Dios.

Otra vez se constatado la real dificultad de “salir” de nuestros perímetros seguros. Aunque la Iglesia nace en la periferia, se ha hecho visible la deuda con la gente sencilla que se abre y cree, con los hermanos de los asentamientos a los que casi ni se les visita, con los alejados, con los más pobres; que hay muchas “sirofenicias” que nos



esperan más allá de nuestros márgenes. Se ha constatado también estar en deuda con la mujer, a pesar de su gran aporte en la pastoral en la Iglesia; la dificultad para entablar diálogos serios con gente que no piensa como nosotros y no se siente a gusto con nuestros rituales. Hay algunas experiencias sinodales diocesanas donde se ha alcanzado a trabajar, por ejemplo, con servidores de la salud, intendentes municipales, docentes, etc. Pero se reconoce que todavía somos tímidos en el diálogo social.

Se ha visto: la importancia del cuidado de los obispos para con sus sacerdotes; el trato cercano y fraterno de los pastores con los laicos y con todas las personas en general, arraigado en una profunda vida espiritual, libre y coherente; la posibilidad de realmente dar pasos para integrar a los “alejados” a una mayor comunión en la Iglesia; que algo importante debe cambiar en nuestro concepto y nuestra práctica de la autoridad: la necesidad de crecer en un modo de ejercer la autoridad de más consenso, de diálogo, de compartir corresponsablemente para superar el autoritarismo o el clericalismo; conciencia de que nos toca amar a la Iglesia real y actual, tal como es, alentando los deseos de conversión pastoral; que la verdadera fortaleza de la Iglesia es la gente que tiene fe, no las estructuras.

En definitiva, se ha podido expresar la realidad de que una Iglesia que no es misionera no es evangélica. De ahí la importancia de volver a tomar con responsabilidad la *Evangelii Gaudium* y hacerla vida en nuestra praxis eclesial.

También los obispos han rezado y conversado sobre la pregunta: ¿Cómo hacer y vivir una Conferencia Episcopal más sinodal? Muchas ideas han sido expresadas: encarar de modo fraterno las diferencias; diferenciar bien los tipos de debate (administrativo, pastoral, etc); realizar un procedimiento diferente y más “escuchador” con las experiencias de las Pastorales y hacer un esfuerzo más grande para integrarlas en un plan de conjunto; aprender a tener momentos orantes



integrados a los debates de las asambleas para profundizar el sentido y no solamente buscar soluciones jurídicas o administrativas; rezar y ayudar para que se provean más obispos; tener y favorecer momentos distendidos de compartir; crear nuevos espacios de diálogo y participación con laicos; etc. Se habló también de compartir corresponsablemente ciertas funciones con sacerdotes o laicos bien formados. En definitiva, que personas formadas, que no tienen que ser obispos, ocupen la responsabilidad. Caminar juntos como CEP llama a trabajar consensos en temas como los sacramentos, los estipendios, etc.

8. Conclusión: el compromiso de continuar

Se nota en casi todas las síntesis y se ha dicho con fuerza en el Encuentro Sinodal Nacional que este proceso sinodal queda inconcluso y que necesita continuación. La sinodalidad debe quedar en la conciencia viva de nuestra vida pastoral. Muchos preguntan: “¿Cómo se realizará esto?” Mucho depende de cada comunidad, de cada parroquia, del dinamismo de las diócesis.

También estamos expectantes de las reflexiones que se seguirán enriqueciendo durante el proceso de los próximos meses: de nuestra síntesis nacional hasta la reflexión continental y luego el proceso de la asamblea sinodal de octubre 2023.

Quedamos con paz y con alegría: el Espíritu Santo confirma con signos muy claros este camino sinodal. También seguimos rumiando ¿cómo sostener y profundizar esta formación permanente a la sinodalidad? ¿Cómo seguir celebrando y fortaleciéndola? ¿Cómo dar pasos concretos en esta pascua hacia una Iglesia sinodal?